

Hierónimo Lebron vela su puerto
Y busca gente bien aderezada,
Reduciendo las cosas a concierto
Con que pueda hacer una jornada
A lo mismo que tiene descubierto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Porque fama común le certifica
Estar en posesion de tierra rica.

Para cuyos efectos se mejora
Con gente baquiana su bandera
Con la cual fué camino de la Tora
Diego Rincon guiando la carrera:
Mas no tractaré della por agora,
Por reservarse para la tercera
Parte, donde, con el favor divino,
Larga cuenta daré deste camino.

Cuando partieron estas compañías,
Vió, según dicen, del mortal subyector
Don Juan de Angulo las postrimerias,
Obispo principal y varon recto;
Y desde á poco número de dias
Fué en su lugar Calatayud electo,
Fraile hierónimo, de quien di cuenta
En lo que mas atrás se representa.

Desde Hierónimo Lebron anduvo
Aquel camino, no sin buena maña,
Con el gobierno que su padre tuvo
Don Alonso Luis vino de España:
También diré después lo que mas hubo,
Y lo que trabajó por la montaña
Al tiempo de venir al Reino-Nuevo,
Porque tractando del allí lo debo.

Estuvieron a estas compañías
Debajo de sus sueltos pareceres,
Subyector á no pocas demasias,
Aprovechándose de sus haberes:
Después el licenciado Miguel Diaz
Vino con bastantísimos poderes;
Y aunque notado de lascivos hechos
Nunca lo fué de robos ni cohechos.

Con todo esto tuvo residencia
De las de por acá la mas terrible;
Después la majestad y la potencia
De Carlos quinto, César invencible,
Al Nuevo-Reino dió real audiencia,
Porque le pareció ser conveniente;
Y desde entonces ella proveia
A Santa Marta quien le parecia.

Vido Calatayud su postrer dia
Por aquel tiempo y en aquel convese,
Y vino con el cargo que él tenia
Don Juan de Barrios, fraile franciscano,
Predicador en quien resplandecia
Virtud, bondad, valor, celo cristiano,
Incorrupto juez, pastor entero,
Y destes arzobispos el primero.

Por cuyo fin tenemos hoy segundo,
Que se dice don fray Luis Zapata
De Cárdenas, en este Nuevo-Mundo
La cuarta dignidad de que se trata;
Elogio le daremos mas profundo
Si nuestra vital trama se dilata,
Porque como la tal se me conceda,
Lugar mas á propósito le queda.

Tractaremos después en sus lugares
De cada cual á tajo mas abierto;
Y agora vamos á los seculares
Jueces que vinieron a este puerto,
Para que los confines destes mares
Estuviesen en orden y concierto:
Pues, como dicho tengo, los oidores
Proveían aquí gobernadores,

Por defender del bárbaro cercano
Tan importante desembarcadero;
Y el primero que vino por su mano
Conoció ser un noble caballero,
Andrés Lopez Galarza, que era hermano
De Galarza, también oidor primero;
Después Luis Pardo, Luis de Villanueva,
Que dieron de valor bastante prueba.

Y á Manjarés se tuvo gran respeto
En cometer también aquel gobierno,
Por ser á todos capitán ciego,
Segun ha dado cuenta mi cuaderno;
Pero ya lo traian inquieto
Envidias y malicias del infierno,
Maculando sus honras y trofeos
Con falsísima voz de casos feos.

Y aunque cualquiera dellos fué patraña,
Testigos falsos lo hicieron leso,
Tanto, que lo llevaron en España
Y ante el emperador pareció preso;
Mas justicia, verdad y buena maña,
En aire convirtieron aquel peso;
E yo vi los testigos y malsines
Cómo todos ovieron malos fines.

A su casa y honor volvió pujante,
Libre de la maldad que le fué puesta,
Mediante su descargo ser bastante
Y católica vida manifiesta:
Contra fortuna se mostró constante,
Tanto mas cuanto mas era molesta:
Trajo sus indios y repartimientos
Y cargos honorosos con aumentos.

Hizo con los estremos de presteza
Después que vino, sin tomar resuello,
En términos de Bonda fortaleza
Que fuese duro yugo sobre cuello;
Usó de los ardidés y destreza
Que fueron necesarios para ello,
Por que los indios todos del terreno
Tentaron siempre de quebrar el freno.

Mas él salió muy bien con el intento,
Y el del bárbaro fué trabajo vano;
Al fin los años y el quebrantamiento
Lo privaron del gozo de hombre sano,
Y así murió con gran conocimiento
Hechas las diligencias de cristiano:
Vivenos hoy su hijo don Antonio,
Que de sus hechos da buen testimonio.

Absente Manjarés de aquestos mares
Cuando en España daba su descargo,
Un caballero Gregorio Suárez
De Deza, vino luego con el cargo,
Cuyos servicios fueron singulares,
Aunque su galardón fué nada largo;
Pues honestísimas hijas de deja
Tienen de su fortuna justa queja.

A este sucedió por varon dino
En la gobernacion destes conveses
Juan de Otalora, noble vizcaíno;
Y este gobernador algunas veces
El puerto defendió del torbellino
Y levantada furia de franceses,
Porque esta poblacion en tiempos varios
Ha sido molestada de cosarios.

Unas veces robando sus caudales,
Sin poder escapar la menor pieza,
Otras, que por venganza de sus males
El español las armas adereza,
Y con ayuda de los naturales
También les han quebrado la cabeza;
Aunque decían: á la yerba fina
«No forsa, no, la mala salvajina!»

Pero después la yerba del salvaje
En ellos imprimió de tal manera,
Que muchos acabaron el viaje
Antes de se partir desta ribera,
Y los hallábamos al rebalaje
Del agua que la mar echaba fuera;
Porque por ser canalla mal regida,
Ningunos escapaban con la vida.

Otras veces por falta de caudillo,
O posible de armas y de gente,
En viendo por la mar algun barquillo,
Aunque no conociesen mal patente,
El vecino cogía su batillo
Y el rico mercader por consiguiente,
Huyendo la doncella y la casada,
Una desnuda y otra destocada.

Y todos en común huían luego
Metiéndose por bosques y por cumbres,
Con el rebato y alboroto ciego
Que en los honestos usos y costumbres,
Demas del general desasosiego,
Causaba muchas otras pesadumbres;
Porque, río revuelto, los mayores
Ganancia dicen ser de pescadores.

También vimos soldados principales
Mas que de paso ir este camino,
A cuestras sus alhajas y caudales,
Y cofres proveidos de oro fino;
Y aun suelen trompezar en otros males
Causados por el bárbaro vecino,
Pues muchas veces nos hacían guerra
Franceses por la mar, indios por tierra.

Y así, yendo cubiertos por florestas
Luis Feijo con otros seis soldados,
Con un cofre de barras á sus cuestras
Que bien valia veinte mil ducados,
Subiendo por las cumbres mas embiastas
Del Dorsino, do van encaminados,
El cofre del caudal puso en el suelo
Y encima del un pardo herrero.

Y por le parecer lugar seguro,
Sentóse para descansar encima,
A tiempo que hacia muy obscuro
Por ser después del cuarto de la prima;
Estaban cerca de vecino duro,
Cuyo compas también les pone grima;
Sintieronlos los indios, y están ciertos
Ser gente que huía de los puertos.

Hecho pues por espías el acecho,
Pareciéndoles buena coyuntura
Para que no perdiesen el provecho
Que tan cerca les puso la ventura,
Juntáronse para venir al hecho
Y acometieron con la noche obscura,
Tirando muchas flechas silbaderas,
Y gritando por cima las laderas.

En oyendo la grita y estampida,
En tales ocasiones estupenda,
Abrevian piés cristianos la huída
Dejándoles aquella rica prenda,
Teniendo por mejor salvar la vida
Que perdella demás de la hacienda:
Y así se la dejó, sin hacer cuenta
De podella sacar desta tormenta.

Acudieron los indios al rancho
De lo que el español allí les trajo,
Y cogen el hatillo de voleo,
El lio, la petaca y el refajo;
Asen bárbaras manos del manteo,
Y no vieron estar cofre debajo,
De suerte, que dejaron en lo raso
La presa que hacia mas al caso.

De manera, que su caudal escapa,
Sin que fortuna le hiciese mella;
Pero cerca de defender su capa,
Aquello que él no pudo, pudo ella,
Pues no las faltas, mas las sobras tapa,
Y defendió mejor la rica pella;
Y por dejar al amo con que viva,
Ella tuvo por bien de ser captiva.

Y cuando ya sus rayos estendia
Apolo por aquella cordillera,
Con aumento de buena compañía
Que fuerza de los indios resistiera,
Volvió Frisol adonde le dolia,
Que de su buena dicha desespera;
Mas aunque con recelos y confuso
Su tesoro halló donde lo puso.

También Juan Alemán por un recuesto
Iba con lleno cofre de oro fino,
Y á causa de volver al pueblo presto,
Púsole separado del camino:
Para volver después al mismo puesto
Faltó la providencia de buen fino;
Halláronlo trabajos y porfias,
Mas el desgusto fué de hartos dias.

Estas cosas y otras acontecen
En aquellos lugares cada día,
Donde los sobresaltos que padecen
No puede recoger mi fantasía;
Ni yo podré decir lo que merecen
El contador Bartolomé García
Y Castro, que gran número de años
Aquel puerto defienden destes daños.

Porque gentes finitimas á Flandes
Visitan aquel puerto con frecuencia;
Y en este tiempo fué Pero Fernandez
De Bustos con gobierno y eminencia,
Cuyas virtudes y proezas grandes
Merecen pluma de mayor esencia,
Y así por su valor el rey ordena
Que pase á gobernar á Cartagena.

Otros tenientes hubo, mas no siento
Hecho que de memoria sea dino,
Sino que la justicia y regimiento
Proveyeron después lo que convino,
Y sustentaron bien aquel asiento
Hasta que don Luis de Rojas vino;
Cuyo gobierno fué no sin espanto,
Y así lo tractaré con nuevo canto.

ELOGIO

de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde
se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido
el tiempo que allí gobernó.

CANTO PRIMERO.

La providencia santa de los reyes,
A quien siguen humanas voluntades,
Suele poner y suele quitar leyes,
Segun por tiempos hay necesidades,
Para regir y gobernar las greyes
Subyectoras á sus altas potestades;
Y si sus pueblos van en crecimiento,
También de sus jueces hay aumento.

En aquestas provincias y regiones
De las Indias así les acontece,
Pues como van creciendo poblaciones
De reinos y provincias, también crece
El número de las jurisdicciones,
Señalando lo que les pertenece
A los jueces, para que desciera
Cada cual en aquello que gobierna.

Estando pues del reino separados
Doscientas leguas estos moradores,
Para poder mejor ser gobernados
El rey les envió gobernadores;
Y ansimismo fundó dos obispados
Por ser ya necesarios dos pastores;
Y Santa Marta y otros comarcas
Son hoy al Nuevo-Reino sufraganos,

Por estar hoy arzobispal audiencia
En Santa Fe de Bogotá fundada,
Y catedral que con papal licencia
Fué desde Santa Marta trasladada,
Do hacen dignidades asistencia,
Persona cada cual cualificada,
Que por sus grandes letras y costumbres
Merecian tener mas altas cumbres.

Primer dean fué don Francisco Adame,
Ilustre vaso de virtudes lleno:
Tal me manda razón que yo lo llame,
La cual en su loor no sufre freno,
Pues excepta malicia del infame,
Ninguno negará ser varon bueno;
Llevólo poco ha Dios á su gloria,
Y así nos queda sola su memoria.

Ornamento segundo de aquel templo
Es don Lope Clavijo, arcedianio,
Que en letras, en doctrina y en ejemplo
Se muestra ser católico cristiano,
Cuya bondad y merecer contemplo
En honor de lugar mas soberano,
Pues para ir á dignidad mas alta
De lo que se requiere nada falta.

Deste reverendísimo suado
Es el chantre don Gonzalo Mejía,
En quien aquel honor mas encumbrado
No podemos llamalle demasia;
Varon insigne, siempre respetado
De legos y de nuestra clerecia,
Por haber sido siempre don Gonzalo
A todos bueno y á ninguno malo.

Está también en el ilustre coro
Un don Miguel de Espejo, tesorero,
No solo tesorero, mas tesoro,
Honra y autoridad de nuestro clero;
Cuyas sentencias son bocados de oro
Que hincen el juicio mas entero:
Al fin es luz y lumbré tal Espejo
De juvenil edad y del mas viejo.

Erigióronse pues dos obispados
De uno que no fué de gran sustancia,
Por estar los lugares apartados
Espacio de grandísima distancia,
Y no podian bien ser visitados,
Segun pide cristiana vigilancia;
De manera que Santa Marta tiene
Obispo de por sí, como conviene.

Fué fray Juan Mendez, fraile dominico,
El primero que por obispo vino,
Hombre modesto, de talento rico,
No menos virtuoso que benino,
Y en todo lo demás yo certifico
No ser de tanta dignidad indino,
Porque en aqueste reino fué su vida
Gran número de años conocida.

Murió cuando venia visitando
Las ovejas que son de aquel aprisco,
Y por su muerte vino con el mando
Otro docto varon, fraile francisco,
Que se dice don Sebastian de Ocando,
Digno pastor de muy mas alto risco,
De cuya cristiandad, virtud y ciencia,
Tenemos por aca gran esperiencia.

Convento se fundó dominicano
En este mismo tiempo que refiero;
De prelados que en él tuvieron mano
Un fray Luís de Ordoña fué primero,
De varia erudicion, de pecho sano,
Y en vida y en doctrina muy entero,
A cuya potestad es obediente
El convento de Tunja de presente.

Volviendo pues á los gobernadores
Que de España vinieron conveidos,
Sé decir que con sus competidores
De Bonda, Poicigueya y sus partidos,
Fortuna no les dió tantos favores
Que mas no fuesen desfavorecidos;
Y el suceso de don Luis de Rojas
No se puede decir en pocas hojas.

Pero como me tienen puesta tasa
Otras ocupaciones manuales,
Y es la presente tempestad escasa,
Porque no todos tiempos son iguales,
Solamente diré de lo que pasa
Los acontecimientos principales,
Porque se vea desta serranía
Su fuerza, su valor y su porfía.

Vino pues Rojas año de setenta,
Con su mujer, criadas y criados,
Pero no con el fausto que se cuenta
De los gobernadores atrasados;
Mas de sus patrimonios y su renta
Todavía gastó con los soldados
Que trajo, cuyo número no enseño
Porque segun parece fué pequeño.

Todos los moradores deste puerto
Lo recibieron generosamente;
Y como Manjarés fuere ya muerto,
Y el buen Pero Fernandez del absente,
Regia por buen orden y concierto
Un Francisco de Castro su teniente;
Y entonces él tenía gente presta
Para ir á la sierra mas enhiesta.

Eran ciento y ochenta los soldados,
Serian de caballo los cincuenta,
Los unos y los otros pertrechados
De lo que demandó guerra sangrienta,
Arcabuces y tiros preparados,
Azadones y toda herramienta;
Y el Castro, que podemos decir casto,
De todas estas cosas hizo el gasto.

Llevaronse también ciertos lebreles,
El uno dellos perro señalado,
El cual en guerras de indios infieles
No ganó menos quel mejor soldado,
Y así por hechos malos y crüeles
Fué de diversas partes desterrado:
Llamábase Amadis, y fué mas fiero
Quel otro fabuloso caballero.

Armabanlo también de duro fardo
Como fuese patente la rencilla;
El cual sabia dar tan buen reguardo
Al tiempo que rompía la cuadrilla,
Que piedra, palo, flecha, lanza, dardo,
Era si le tocaba maravilla;
Del cual tenía Castro confianza
Como de un escuadron de gran pujanza.

Porque su principal intencion era
Entrar á Poicigueya por la cumbre,
Tomando mas atras la cordillera
Para llegar con menos pesadumbre,
Y allí fortalecerse de manera
Que viniesen á dar la servidumbre,
Con asentar en la mayor altura
Y en ella colocar nueva cultura.

Nombró por capitán y por caudillo,
Repartiendo la gente que se saca,
Al animoso Diego Jaramillo
Y á Fernán Ruiz Cabeza de Vaca,
Que fué con sus consejos el castillo
Que los mayores impetus aplaca;
Fué otro capitán un Fernán Perez
E un Simon de Silva por alférez.

Mayor sarjento fué Carlos de Vera,
Que de veras su buen valor enseña;
Y no menos á toda la bandera
En combatir la mas soberbia peña
El circumspecto Pedro de Ribera,
Natural de la villa de Guareña,
De quien pudiera bien hablar mi boca
Si no fuera negocio que me toca.

Pues como don Luís de Rojas vino,
Pareciendo negocio conveimiento,
No quiso perturbarles su destino,
Antes al Castro hizo su teniente,
Y al mozo Juan de Rojas su sobrino
Por maestro de campo juntamente,
El cual era de buena compostura
Si fuera tan compuesto de ventura.

Y entonces, como gente novelera,
A ver al don Luis eran llegados,
Los indios que mandaban la frontera,
Que fueron del teniente convidados,
Y sobre mesa puestos en collera,
Donde estuvieron todos bien tractados,
Porque para seguir aquel intento
No le fuesen algun impedimento.

Pues nunca cosa que español pretenda
Puede ser por allí tan entre dientes,
Que por indios ladinos no se entienda
Y estos avisen luego á sus parientes;
Y para hacer Castro su hacienda
Fué bien asegurar inconvenientes,
Porque cualquier estorbo que dé pena
El indio de paz es el que lo ordena.

Y aun suelen ayudar al enemigo
Cuando se muestran mas acariciados,
Y porque nadie pueda ser testigo
Van con betun de bija disfrazados;
Por estos malos usos, como digo,
Consigno los llevaron enjanzados:
Uno de los caciques fué Coendo,
De los indios de Bonda mas horrendo.

Castro lo halagaba y abrazaba,
Prometiéndole dar de sus despojos;
Mas él de tal manera se mostraba
Que no disimulaba los enojos,
Tanto que parecia que lanzaba
Vivas llamas de fuego por los ojos,
Revolviendo venganzas en su pecho,
Después reconocidas por el hecho.

Estando preparados desta suerte
Teniente, general y compañías,
Al efecto ya dicho se convierte,
Presos estos caciques y las guías;
Y así partieron á la casa fuerte
De Bonda, do estuvieron cuatro dias,
Acampañandolos muchos vecinos
Y el dicho don Luís y sus sobrinos.

Al principio del año que siguiente
Fué sobre tres quinientos y setenta
Del parto de la Virgen escelente,
Segun suele medir cristiana cuenta,
De Bonda salió Castro con la gente
A la jornada que se representa;
Y en efecto llegó con la que saca
Al ancon y provincia de Guachaca.

Para tomar allí buena carrera
En la prosecucion de su interese,
Con cierta gente fué Carlos de Vera
Para que por el rio descubriese,
Ayudado de Pedro de Ribera,
El camino que mas cómodo fuese;
Caminaron lavándose la planta
Y algunas veces hasta la garganta.

Dos dias trabajaron, pero como
Fuesen de poco fruto las porfias,
Sin enhestar el fatigado lomo,
Volvieron á buscar por otras vias
Y dieron en un pueblo dicho Domo,
A cabo ya de tres ó cuatro dias,
Y en otro Bohocó, que es su vecino,
Que de paz les salieron al camino.

Dándoles de comer bastantemente
De sus manjares mas acostumbrados,
Que segun la tenían de presente
Para su hambre fueron regalados;
Ansimismo llevaron al teniente
Destos indios gran número cargados
De yucas, de batatas y maices,
Y otras diversidades de raíces.

Otro camino fué Diego de Andrada,
Hidalgo portugués, noble persona,
Y dijo cómo tiene rastreada
La poblacion que dicen Cincorona,
Y ser aquella la mejor entrada
Para llegar al valle de Tairona;
De cuya causa se partieron luego,
Y pasaron el rio de Don Diego.

El campo junto con razon bastante
De su viaje para prosequillo,
Castro mandó que pasen adelante,
El maese de campo por caudillo;
Escogióse pues gente vigilante,
Entrellos el Ribera y Jaramillo,
Y el capitán Maceta, vizcaíno,
Con aquel aparato que convino.

Tomados cuatro dias de sosiego,
Con guías y con paso diligente
Volvieron sobrel rio de Don Diego,
Do los indios tenían una puente,
No buena para caminante ciego,
Por estar de dos árboles pendiente
De yedras correosas de arcabucos,
A los cuales acá llaman bejucos.

Hallan cortados los espesos ñudos
Por mano de la bárbara canalla,
Y á nado pasan sobre los escudos
Soldados que pudiesen remedialla,
Espadas en las bocas y desnudos,
Porque su desnudez era la malla;
Pero no ven en la contraria banda
Contrarios que perturben su demanda.

Tomaron con trabajo la ribera,
Por ser impetuosa la corriente,
Y el paso remediaron de manera
Que pasaron por el bagax y gente,
Y ansimismo después la que zaguera
Quedaba con el general teniente.
Hallaron luego copia de buhios,
Pero de moradores ya vacios.

Paró por descansar el caminante
En un pueblo de buena compostura,
De fértiles labranzas abundante,
Pero no vian viva criatura;
Y tendiendo los ojos adelante,
Tres atalayas ven en un altura,
Y el Juan de Rojas dijo: «Bien seria
Que tomásemos uno para guía.

»Y no seria débil la hazaña
Del soldado que tales piés tuviese
Que cubriéndose bien con la montaña,
Hasta llegar ninguno lo sintiese,
Y en lo raso se dé tan buena maña
Que por lo menos uno no se fuese,
Sino que cuando por la loma salga
Hacer que lijereza no le valga.

Oido por el Pedro de Ribera
Con otros tres de no menos soltura,
En ese punto suben la ladera
Metidos por el monte y espesura:
Los indios venlos cuando salen fuera,
Y cada cual sus pasos apresura;
Pero tan bien corrieron los cristianos,
Que los dos les quedaron en las manos.

Llevados estos dos por los cabellos
Do esperan españolas compañías,
El Juan de Rojas se holgó de vellos,
A causa de tener mejores guías;
Pusieronles prisiones en los cuellos,
Y así les enseñaron breves vias
Para llegar al dicho Cincorona,
Donde no se halló viva persona.

Cantidad hubo harta de alimento,
Aunque ningun tesoro para el arca.
Seis dias hacen de detenimiento
Por la gran poblacion que se demarca
Y ser aquel el principal asiento
A quien obedecia la comarca:
Algunos indios van por los oteros
Dando mil gritas y haciendo fieros.

Y en efecto la gente que se halla
Recogida de pueblos comarcanos
Un dia presentaron la batalla
A nuestros peregrinos castellanos:
La tierra se convocó para dalla
Juntandose los mozos y los canos;
Pero por cosa cierta se averigua
Faltalles ya la potestad antigua.

Porque considerando lo presente,
Así de gente como de riqueza,
Está de lo pasado diferente
Y mil leguas atrás de su grandeza,
Y á mas andar se pierde la simiente
Desta mas que bestial naturaleza;
Y el venir tan á menos esta tierra
No podemos decir que fué por guerra.

Pues son, por los compases de aquel trecho,
Segun y como mas atrás refiero,
Contadas las entradas que se han hecho
Sacando por rescates el dinero:
En esto reparaba su provecho,
Quedando lo demás sano y entero;
Y si encuentros otros han tenido
Mucho mas han llaman que perdido.

Ver pues tan pocos de tan larga suina,
A mí me da motivo y argumento,
Sin entendedlo, para que presuma
Que gente de tan mal conocimiento
Ha de permitir Dios que se consuma,
Y llegue su total acabamiento;
Pues nunca se verá jamás centella
En ellos de virtud, ni han olor della.

Pero costumbres se verán malditas
En los que parecieren mas enteros,
Y por la mayor parte sodomitas,
Idólatras y grandes hechiceros,
Con otras abusiones infinitas
Cerca de juzgar cosas por agüeros:
Adoran en efecto los demonios,
Y aquestos no son falsos testimonios.

Malicias bartas reinan en su seno,
Y allá van do la carne los inclina,
Sin haber cosa que les ponga freno
De las que suelen darnos medicina;
Saben cual es lo malo, cuál lo bueno,
Y siguen lo peor a la continua:
Gente tan sin virtud, tan monstruosa,
Que de ley natural no guarda cosa.

Padre con hija, hermano con hermana,
Acontece servilles de maridos;
Ninguno dellos vi que tengan gana
De ser en buenos usos instruidos,
Aunque la voz de religion cristiana
También les ha tocado los oídos:
Un barbarismo es sin luz de ciencia
Y sin remordimiento de conciencia.

Sonles buenos consejos odiosos
Y todo lo que en si virtud encierra;
Pero flojos no son ni perezosos
En el labrar y cultivar la tierra;
En sus oficios son ingeniosos,
Y la holganza se destierra:
Hay muchos tejedores, hay plateros,
Y muchos, de sus usos, carpinteros.

Horadan piedras en color sangrientas,
No malas para mal de los rinones;
Tejen para sus compras y sus ventas
Mantellinas pulidas de algodones;
También se labran muy menudas cuentas
De conchas que llamamos nacarones,
Que por aqueste reino y su distancia
Un tiempo fué rescate de importancia.

Para sus guerras y otros usos vanos
Tienen de plumas ricos ornamentos,
Con que los capitanes mas lozanos
Manifiestan sus bravos pensamientos...
Y así vienen agora muy galanos
A los premeditados rompimientos,
Dejando las alturas y peñoles
Para probarse con los españoles.

No torbellino ni huracán viento
De la media region del aire llega
Con tan apresurado movimiento
Cuando rompe la nube que congrega
Exhalacion del árido elemento,
De la cual con violencia se despegua
Huyendo las frialdades de la nube,
Adonde por calores del sol sube:

Cuanta fué la braveza y el estruendo
Que la bárbara gente representa,
Al tiempo que venia descendiendo
Llena de furia, de temor exenta,
Y grita que los aires va rompiendo,
Con intencion y voluntad sangrienta;
Y con aquel furor en breves puntos
Los unos y los otros se ven juntos.

Ordénase la gente castellana
Aprestando siniestras y derechas,
Rompen rodela golpes de macana,
Traspasan los escudos duras flechas;
Pero con todo esto poco gana
La bárbara nacion contra las mechas
Del arcabuceria, cuyos tiros
Causan allí mortíferos sospiros.

El lebrél Amadis, viendo la caza,
Bien como lobo dentro de cabañas,
Unos derriba y otros despedaza
Echándoles de fuera las entrañas,
Hasta hacelles escumbrar la plaza
Metiéndose por ásperas montañas,
Quedando solamente del ruido
Ochoa, vizecaino, mal herido.

Pero mediante cura quedó bueno
Por experimentados cirujanos,
Porque los moradores deste seno
No todas veces tienen á las manos
La yerba ni mortífero veneno
Usado de los indios comarcanos:
Dicen también que no prevalecia
Por ya participar de tierra fria.

Vencidos de la suerte que refiero,
Con tres cabezas de indios principales
El Juan de Rojas hizo mensajero
Para llamar al Francisco Gonzalez
De Castro, general, y por lijero
Fué para presentar estas señales
De los que quebrantaron vital gouce
El alguacil mayor llamado Ponce.

Partió, dadas las nuevas, al instante
Y á Cincorona llega, de do luego
Juan de Rojas partió con el restante
A Taironaca sin tomar sosiego,
Que estaba dos jornadas adelante
Pegada con el rio de Don Diego,
Pueblo que segun consta de presente
No debía de ser poco potente.

Ciudad pajiza, pero bien fundada,
Escombrada por parte del oriente:
Es una de sus plazas enlosada
De lajas grandes, puestas igualmente,
Y su hechura va triangulada
Por cada parte cien pasos de frente,
Y en las tres puntas tres grandes caneyes,
Moradas y aposentos de sus reyes,

Que son también pajizos aposentos,
Do suelen morar muchos de consuno,
Y se podian bien sobre trescientos
Soldados alojar en cada uno,
Con servicio, caballos y ornamentos,
Dando lugar á todos oportuno:
Eran pues estos tres de las esquinas
Del rey, hijos, mujer y concubinas.

Como llegasen pues á Taironaca,
Y el lugar estuviese todo vaco,
El español ningun provecho saca
Donde pensó hallar próspero saco,
Porque demás de la defensa flaca,
En todo lo demás estaba flaco:
De Pedro de Ribera sé que trajo
Como trescientos pesos de oro bajo.

Vinole el cacique después desto
Prometiéndole de paces el enmienda,
Y entendiéndose venir con presupuesto
De procurar de ver aquella prenda,
Cuya razon les hizo manifiesto
Estar ya muy atrás en su hacienda,
Porque solian ser gentes tan largas,
Quel oro de guaní daban á cargas.

Pero mirado bien aquel terreno
Cuya dispuscion da mil contentos,
Enamorados del lugar ameno
Y la fertilidad de los asientos,
Parecióles que allí seria bueno
Poblar y señalar repartimientos;
Y así Castro pobló segun es uso,
Y al nuevo lugar Ecija le puso.

Cabildo se nombró, con las decencias
De personas honrosas y buen vaso;
Autos se pronunciaron y sentencias,
Tomada posesion en campo raso,
Haciéndose las otras diligencias
Que se suelen hacer en este caso;
Labrando con hervor en los lugares
De sus huertas, y estancias y solares.

Y visto por los indios comarcanos
Aquel negocio ser de permanencia,
Por ver edificar á los cristianos
Con una fervorosa diligencia,
Vinieronles de paz los mas cercanos,
Y al rey Filipo dieron obediencia,
Ayudando también con sus servicios
A levantar los nuevos edificios.

Después de reposar dos ó tres meses,
De los ochenta dellos hubo junta,
Armados de arcabuces y paveses
Para ver lo demás que se barrunta
A ver por las alturas y conveses
Que acia Rio-Grande hacen punta,
Porque por el compás de aquella frente
Nunca jamás llegó cristiana gente.

Como subiesen mas á los altores
Los ochenta, que todos son infantes,
Descubriéronse pueblos muy mayores
De los que por la sierra vieron antes,
Desmparados de sus moradores,
A causa de estar todos vigilantes
Con muchas atalayas por los visos,
Que por momentos daban los avisos.

Mas como viesan en un alto cerro
Estar cierto gandul por atalaya,
No tuvieron por culpa ni por yerro
Estorballe que á dar las nuevas vaya,
Y así soltaron el crüento perro,
Que no tiene pereza ni desmaya,
Hasta hacer con su crüel gobierno
Que llevase las nuevas al infierno.

Aquel lugar estaba confiado
Del especulador que lo velaba;
Pero de duras parcas ocupado,
No pudiendo llegar do deseaba,
Tomaron aquel pueblo descuidado
Con cuanta gente dentro dél estaba:
Procuraron con paz dalles contento,
Y así no se les dió desabrimento.

Allí duermen con guarda vigilante,
Después de dar al cuerpo su sustento,
Y cuando ya lumbre radiante
Salía de dorados aposentos,
Determinaron de pasar delante
En la prosecucion de sus intentos:
Vieron después de hecho gran desvio
Un valle fondo y un pequeño rio.

Haciase de dos lomias peladas,
Ásperas cuestras y derrumbaderos,
A causa de que son avolcanadas
Y son bien necesarios piés lijeros;
Abajo vieron casas asentadas
Y al morador huir por los oteros;
Háblanles lenguas desde los altores
Diciéndoles que no tengan temores:

Que bien puede volverse cada uno
A sus casas, labranzas y heredades,
Pues no van á hacelles mal alguno,
Sino para sinceras amistades;
Demás de nadie selles importuno
En les contradecir sus voluntades,
Porque no se pretende dar disgusto
A los que se llegaren á lo justo.

Cada cual dellos la mujer absconde,
Aunque los llaman amigablemente;
Mas un bárbaro viejo les responde:
«El cacique traerá toda su gente;
Con que vosotros no salgais de donde
Os vemos reparados al presente,
Ni llegueis á morada deste puerto
Hasta ver si venimos á concierto.»

Concedidas aquestas peticiones,
Siéndole dicho que sin temor venga,
Llegóse mas á nuestros escuadrones
Y hizoles allí mayor arenga,
Sacándoles mas llenas condiciones
A fin de que la gente se detenga,
En tanto que la suya desaparece
Con el hatillo que le pertenece.

Tomada la demora que convino
Para poner en cobro sus caudales,
Apresuró los piés aquel vecino
En busca de los otros naturales;
Y en breves horas el cacique vino
Con ocho capitanes principales,
Mas segun eran, túvose sospecha
Ser indios de la mas baja cosecha.

Dijéronles que vuelvan intramuros
Con sus mujeres, hijos y haciendas,
Pues en ninguna parte mas seguros
Que dentro de sus casas y viviendas;
Que no son tan tiranos y tan duros
Que quieran despojallos de sus prendas:
«Y solamente somos pretendientes
De haceros amigos y parientes.

«Aquí traemos paz y no cizaña,
Ni nos suelen mover otros respetos
Sino servir al grande rey de España,
A quien los orbes dos estan subyertos;
Y los que en su servicio se dan maña
Viven salvos, seguros y quietos:
Llamad pues los demás á mi presencia,
Para le dar servicio y obediencia.»

Los bárbaros responden con razones
Que para lo hacer no van derechas;
Y viendo Rojas tales dilaciones
Y otros indicios malos y sospechas,
Mandó que los echasen en prisiones
Quitándoles los arcos y las flechas:
Pusiéronles collera y arropea,
Y dentro deste pueblo se ranchea.

La sombra fresca del supremo monte
Venía ya cubriendo la ladera,
Y en aquel hemisferio y horizonte
Apolo daba fin á su carrera,
Y las obscuras nieblas de Aqueronte
Se daban priesa para salir fuera,
Cuando vieron bajar por un recuesto
Gandul empenachado bien dispuesto.

En todos sus meneos y semblante
Representaba singular soltura:
Tenia proporciones de gigante,
Y no menos feroz en la postura,
Con un careax de flechas abundante,
Cubierta solamente la cintura,
Arco que de los hombros va pendiente,
Y en las manos macana prepotente.

Cada cual español está confuso
Viéndolo descender con tanta gana,
Con armas y pertrechos de su uso,
Que son el arco, flechas y macana,
Sin detenerse hasta que se puso
Delante de la gente castellana,
Con tanta barauda y desatino
Como si fuera espíritu malino.

Pues en el punto que llegó comienza
Con grandes voces y palabras rasas:
«¡Salid! salid! bellacos sin vergüenza,
Sin que mas reposeis en nuestras casas;
Que si ventura quiere que yo venza
Os tengo de quemar en vivas brasas:
¡Salid! salid! malos cristianos,
Recebiereis regalos de mis manos.

«Llegados son vuestros postreros hados,
Que de mi furia no podeis huiros.
¿Aguarichas estaisos encerrados?
¿De temor de la muerte dais suspiros?
¡Mirad, mirad! pues os estais parados
Si son medicinales estos tiros.»
Y diciendo y haciendo tira flechas
No mal encaminadas ni mal hechas.

Quisieran salir muchos desta gente
A se probar en singular certamen,
Y el maese de campo no consiente
Que hagan de sus fuerzas tal examen,
Diciendo: «Con menor inconveniente
Deseo castigar este vejamen;
Este es un perro sin temor ni rienda:
Con otro perro tenga la contienda.

«El lebrél Amadis está pidiendo
Las carnes deste indio para cena,
El cual de ver la grita y el estruendo
Está remordiscando la cadena:
Menester es que venga, y en viniendo
El le dará su merecida pena.»
Van luego dos ó tres de la cuadrilla,
Y al perro le quitaron la trailla.

No Melampo, Harpago ni Dorseo,
Con tanta furia van por el egido
Con Dramas, Harpolos y Melaneo
Tras el señor en ciervo convertido,
Cuanta fué la soltura y el deseo
Del Amadis después quel indio vido;
El cual también como le vió la cara
Para la competencia se repara,

Meneando los piés con buen talante,
Con el baston que punto no se tarda,
Y golpes por detrás y por delante,
Con mas velocidad que fiera parda,
Con ambas manos juega de montante,
De cuyos golpes Amadis se guarda
Y para dar contentos a su vientre
Busca lugar y modos por do le entre.

El perro con furor enarizado,
Los piés como pantera diligentes,
La nariz y hocico regañado,
Mostrando los colmillos y los dientes
Con que tiene de ser despedazado
Sin vaille sus locos accidentes;
Mas el gandul que su vivir pretende,
Con brios varoniles se defiende.

Anda la mortal obra que no cesa,
Sin que para resuello se dé vado,
La pesada macana muy espesa,
Guardándose por uno y otro lado;
Mas el perro le daba tanta priesa
Que ya se ven las muestras de cansado,
Pues el golpe no sale tan entero
Ni con tanto vigor como primero.

Y aunque procura bien no dalle puerta,
Y por todas las partes se recata,
Sucede para dalla mas abierta
Inconviniente grande que lo mata;
Y fué como en el compás se desconcierta,
Y un golpe que tiro lo desbarata
En una piedra frente del alano,
Soltando la macana de la mano.

Quiso luego coger el empulgua;
Pero no se le dan esos lugares,
Porque la presta boca carnicera
Asió con tal furor de los ijares,
Que las humanas tripas salen fuera
Para de las caninas ser manjares;
Y al fin como si fuera débil caza
El lebrél Amadis lo despedaza.

Hechos en tierra viva los entierros
Del miserable que mantuvo tela,
Cubria manto negro ya los cerros
En los cuales hicieron centinela
Suelos el Amadis con otros perros
Que les ayudan a hacer la vela,
Porque los indios que en prision tenían
Sospechaban no ser los que decían.

Las alturas y cumbres descubiertas
Y desnudas del velo vespertino,
Abiertas del aurora ya las puertas
Por donde sale resplandor divino,
Las gentes vigilantes y despiertas
Prosiguen adelante su camino,
Los sobredichos indios en prisiones
Por algunos respetos y ocasiones.

Los cuales bien mostraban su tristeza;
Mas el cacique con humilde gesto
Pidió relajacion del aspereza,
Haciendo por señales manifiesto
Que mandaba hacer naturaleza
Evacuaciones del manjar digesto,
Lo cual se hizo sin tomar reposo
Reconociendo ser uso forzoso.

Pero como salió de la collera,
Las espaldas y calcañares vueltos,
En abajar huyendo la ladera
Todos sus pensamientos son resueltos:
Abrevia lo posible la carrera;
Pero como los perros están sueltos
Vuelan tras él y van en el alcance
Sin poder impedirles aquel lance.

Pensó hallar salud en la huida,
Por huir las zozobras de prisiones,
Y el miserable huye de la vida,
Teniendo nadie tales intenciones,
Solo ser su persona detenida
Por evitar algunos trompezones;
Y así vista la fin deste pagano
A todos los demás dieron de mano.

Prosiguen su derrota nuestras gentes,
Que repartidos van desta manera:
Doce de los mas sueltos y valientes
Perlongando la dicha cordillera,
Sin encumbrar á ver otras vertientes,
Sino subidos á media ladera;
Y por la parte baja va la resta
A vista de los doce de la cuesta.

Iba Pedro Garcia por caudillo;
Los demás son Ribera y un Lozano,
Tovar, Diego y Rodrigo Jaramillo
En parentesco y en valor hermano;
Juan de Beleño, Pedro del Castillo
Bartolomé Pareja, Juan Sedano,
Diego Garcia, y un Martin Gonzalez
Que fué de los soldados principales.

Subiendo no con poca pesadumbre
Por asperisimos derrumbaderos,
Salieron de lo alto de la cumbre
Sobre los dichos doce compañeros
De galgas infinita muchedumbre
Y número crecido de flecheros,
Con tanta grita, tantos alaridos,
Que les atormentaban los oídos.

Son grandes los temores que conciben,
Viéndose desta suerte salteados,
Por no hallar lugar sobre que estriben,
Que todos ellos son avoconados;
Y como con las galgas los derriben,
Habian de rodar dos mil estados:
Grave peligro si subir pretenden,
Y mas crecido riesgo si descienden.

Bien como malhechor que juez prende,
Y se fortaleció con sacra linde,
El cual de dos extremos grandes pende
Y de ninguno dellos se rescinde,
Pues lo mandan matar si se defiende
Y de morir no duda si se rinde,
Y para verse libre del estrecho
Revuelve muchas cosas en su pecho:

A riesgo semejante sometida
Allí se via la compañía fuerte,
Porque si sube perderá la vida,
Y si baja será hasta la muerte;
Y así su libertad mas conocida
En perplejos remedios se convierte:
Solo llamar á Dios es lo que resta,
El cual su gran bondad les manifiesta.

Pues con venir espesas y derechas
Las galgas declinaban á los lados,
Sin hacer puntería con las flechas
Por no hallarse bien acomodados;
Y acá no se valian de las mechas
Tampoco, por estar como colgados,
Padeciendo grandísima congoja
Hasta que sientan el aljaba floja.

Van luego tras el que los acudilla
Por los derrumbaderos gateando,
Procurando tomar una cuchilla
De la ladera por do van cortando,
Que para se valer en la rencilla
Tierra mas fija les está mostrando
Y un ensillada della mas á mano
Donde podrán hollar con pié mas llano.

Con el temor de la precipitada
Galga, van separados y disjuntos,
Que por alguno desta camarada
Pasó distancia de pequeños puntos;
Tomaron todos pues el ensillada,
Donde apenas los doce caben juntos,
Y allí los seis de nuestros andaluces
Disparan los fumosos arcabuces.

Porque seis dellos son arcabuceros
A quien toca llevar las cargas hechas,
Y los seis dellos eran rodeleros
Que los arrodaban de las flechas;
Y aunque tienen inciertos los terrores,
Y por allí las vías son estrechas,
Todavía hicieron algun daño
Las balas en el bárbaro rebaño.

Tras esto vino galga de lo alto
Sin punto declinar de la cuchilla,
La cual no dió pequeño sobresalto
A la famosa gente de Castilla;
Mas antes de llegar dió tan gran salto,
Que salvó por encima la cuadrilla:
Dan gracias al Señor omnipotente
Que los libró de riesgo tan patente.

Vido luego la gente que camina
Por lo bajo llegar indios sobrellos;
Oyen el arcabuz y la bocina
Que tocaban los bárbaros resuellos;
Y el maese de campo determina
Enviar gente para socorrellos:
Partieron luego veinte compañeros
De los mas alentados y lijeros.

Con manos y con piés iban garrando
Por aquel reventon de cuesta luenga,
Y el mas lijero dellos escarbando
Para poner el pié do se sostenga:
Pero Diego de Castro fué rodando
Sin hallar por allí do se detenga;
Y á tal punto llegó de la caída
Que ya desconfiaba de la vida.

Pero sin esperar auxiliante,
Los doce suben por las cuestras malas,
Llevando seis rodela por delante,
Ojeando los indios con las balas;
Y como ven venir con tal semblante
Los ministros beligeros de Palas,
Tuvo por bien aquella muchedumbre
De desembarazar toda la cumbre.

Llegados á lo mas alto del puerto,
Cubiertos de sudores y encendidos,
Un valiente gandul hallaron muerto,
Tras pasados de bala los oídos,
Y de la fresca sangre rastro cierto
Por do conocen ir otros heridos;
Y allí, libres del trance riguroso,
Tomaron algun tanto de reposo.

Atalayaron bien aquella frente,
Y como ningun indio parecia,
Antes que se resfrío lo caliente
Del inmenso sudor que los cubria,
Al camino salieron á la gente
Que para su socorro les venia,
No con menos fatigas y sudores
Procurando subir á los altores.

Bajaron todos juntos la ladera,
Buscando pasos mas acomodados,
Adonde Juan de Rojas los espera
Con los demás amigos y soldados.
Apolo daba fin á su carrera
Apartándose ya destes collados;
Y así hicieron luego ranchería
Hasta velle volver siguiente dia.

Y cuando revolvía los yugales
Que sobre todos tienen el imperio,
Para restituir á los mortales
La lumbré que quitó deste hemisferio,
Los hombres y los brutos animales,
Ya fuera del nocturno captiverio,
Prosiguen adelante su jornada,
Que no hallaron desembarazada.

Pues aunque caminaron de mañana
Los fuertes y animosos peregrinos,
Mas madrugó la gente comarcana
De los habitadores convecinos,
Con armas ofensivas y con gana
De dar infame fin á sus caminos;
Y así vieron los pasos y las cuestras
Ocupadas de gentes bien dispuestas.

De largas plumas las cabezas llenas,
Diademas de oro por las frentes,
En los pechos chagualas ó patenas
Que los rayos del sol hacen patentes,
Con otras joyas de doradas venas
De las orejas y nariz pendientes,
Embijados, compuestos y lozanos
Y con arcos y flechas en las manos.

Un gamo cada cual en la soltura,
Páris en la certeza con que tira,
Al impetu primero gente dura
Y el menor un Aquiles en la ira;
La gran ferocidad de su postura
Tal, que pone temor á quien lo mira;
Y el feroz español con todo esto
Procura de ganalles el recuesto.

Requierenles, con paz primeramente,
Segun y como tienen de costumbre;
Pero la paz al bárbaro valiente
Parece que le daba pesadumbre,
Porque por dicho de la lengua siente
Que lo quieren traer á servidumbre;
Y así de flechas eran las respuestas,
Haciendo sus entrañas manifiestas.

Y como se hallasen ya cercanos,
Procurando ganar el lugar fuerte,
Espadas y rodela en las manos
Y tiros causadores de la muerte,
Soltaron ante omnia los alanos
Para mas á placer hacer la suerte;
Y al subir por las cuestras acia ellos,
Los indios les mataron cuatro dellos.

El Amadis con otros tan espertos,
En tanto quel primer impetu dura,
Están detrás de piedras encubiertos
Esperando sazón y coyuntura;
Y cuando della se hicieron ciertos,
Los pasos cualquier dellos apresura,
Y por el mucho cebo de su mesa
En uno y otro y otro hacen presa.

Viendo los indios tan cruenta caza
Y tan fuera de los humanos usos,
Gran multitud con ellos se embaraza
Sin orden, apretados y confusos;
Apuntan arcabuces á la plaza
Con los globos que dentro van incluidos,
Y tanta priesa dan los perdigones,
Que los indios volvieron los talones.

Bien como cuando sale de sus senos
De pródidas abejas gran aumento,
O contra las que corren sus terrenos
O para la labor de su sustento,
Que si por aventura suenan truenos
Y corre destemplanza de algun viento,
Huyen á mas andar destes lugares
A los asientos de sus colmenares:

Ansi los indios viendo la caída
De sus colaterales y guajiros,
El gran ruido, trueno y estampida
Que hacen arcabuces con los tiros,
Los piés pusieron todos en huida
Con acompañamiento de suspiros,
Largando mazas, flechas y carcajes,
Coronas, diademas y plumajes.

Llevaron adelante su conquista
Los que gozaron destes vencimientos,
Y sin haber furor que los resista
Por estos altos van á pasos lentos,
Hasta llegar adonde vieron vista
A pueblos estendidos en asientos,
Y descubrieron ocho por acechos
Distantes unos de otros pocos trechos.

E porque ven el término cumplido
Que por el general les era dado,
Dejaron de correr aquel partido,
Mas fértil que otros y mejor poblado,
Y así fué con acuerdo diñido
Que no se quebrantase su mandado;
Vinieron todos en aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efeto.